

La libertina vida sexual del dueño de Playboy siempre había sido objeto de fascinación y envidia. Pero sus exnovias cuentan ahora que lo que parecía un templo de placer y erotismo para el mundo exterior era en realidad un suplicio para ellas, quienes tenían que complacer al jefe.

Â

El gran éxito que tuvo la revista Playboy hasta hace poco tiempo obedeció al carácter aspiracional que transmitía. El estilo de vida que encarnaba era el de un hombre sofisticado, siempre rodeado de mujeres bellas, conocedor de los mejores licores y tabacos, viajero internacional, amante de la buena música y a quien nunca le faltaba plata.

El símbolo de mercadeo de ese concepto era, ni más ni menos, el dueño de la publicación: Hugh Hefner. Desde el primer ejemplar, en 1953, en las páginas de la revista se registraban cada semana las actividades de su creador. El lugar donde se desarrollaba ese mundo hedonista era la Mansión Playboy, situada en Los Angeles. Allí confluían las personalidades más famosas de Hollywood, millonarios, políticos y, sobre todo, mujeres despampanantes. Cada semana había una gran fiesta en la cual podían aparecer Jack Nicholson y Robert de Niro, Julia Roberts y Cindy Crawford, algún Rockefeller, Steve Jobs y una docena de conejitas bastante ligeras de ropa para entretener a los invitados.

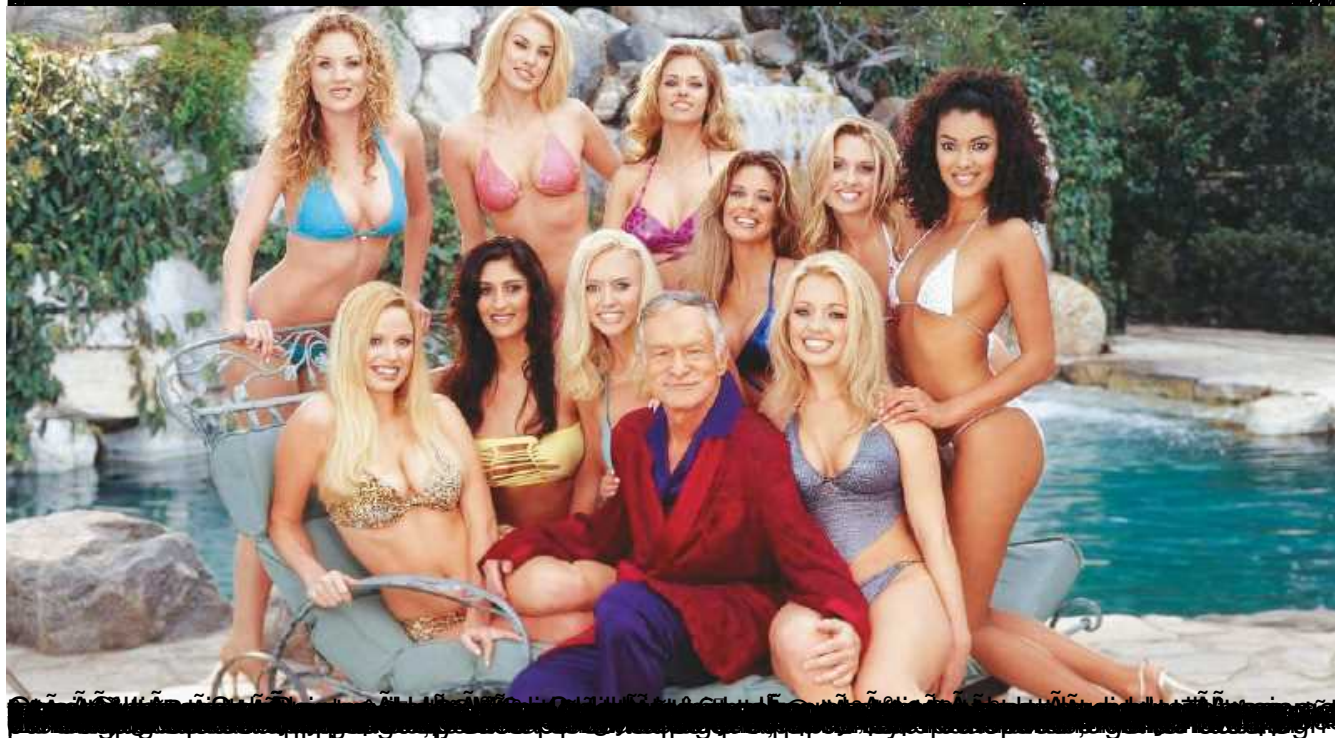


Hugh Hefner los recibía la mayoría de las veces en una finísima pijama sobre la cual vestía una bata corta de seda roja, y con su infaltable pipa en la boca. Proyectaba la imagen de un James Bond recién levantado.

Los lectores de Playboy, probablemente casados y con vidas rutinarias, seguían con envidia, semana a semana, el itinerario de este sultán del placer. El logo con la cabeza del conejo y la imagen de Hefner en pijama no solo se convirtieron en una fantástica estrategia sino que dieron pie a la revolución sexual del siglo pasado. Eso requería convencer a la audiencia de que el matrimonio y la monogamia eran conceptos anacrónicos y que la libertad sexual ofrecía opciones de vida más abiertas y glamurosas.

La prueba de que eso era posible era el propio Hugh Hefner. El hombre de la bata roja y la pipa era objeto de envidia colectiva. Vivía en su espectacular mansión, en donde se alojaban sus parejas de turno, que variaban en número. Pocas veces era una sola mujer; lo normal eran tres, cinco o hasta siete. Lo sorprendente de ese arreglo es que todas tenían que acostarse con él simultáneamente, lo cual se le dejaba saber al público. Dos veces a la semana, Hefner y sus compañeras iban a bailar a una discoteca hasta al amanecer y, de regreso a casa, todas tenían que participar con él en una orgía.

Ese harem de Las mil y una noches con sexo en grupo era difícil de entender. Las novias del magnate aceptaban esas prácticas como contraprestación por el privilegio de vivir gratis en un palacete, recibir cada una 1000 dólares semanales para sus gastos y hacerse cualquier cirugía plástica que quisieran por cuenta de la empresa. Ellas eran, por lo general, conejitas que habían aparecido desnudas en las páginas de la revista y que se sentían honradas de ser invitadas a formar parte de ese mundo legendario.





Las tristes orga^ñas de Hugh Hefner, el hombre detr^ás de Playboy